

¿Cuánto, y cuándo, progresó la economía española moderna? La Contabilidad Nacional retrospectiva de Prados de la Escosura

● JORDI MALUQUER DE MOTES
Universitat Autònoma de Barcelona

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la elaboración sistemática de los principales datos agregados que integran la Contabilidad Nacional se convirtió en un compromiso de los organismos estadísticos oficiales dependientes de los respectivos Gobiernos en los países más desarrollados y también, con un retraso generalmente muy pequeño, en los países en desarrollo, en lo que Simon Kuznets pudo calificar de “una expansión explosiva” de este tipo de evaluaciones. Los trabajos metodológicos emprendidos de forma independiente por la Organización de las Naciones Unidas y por la Organización Europea de Cooperación Económica –la actual OCDE– muy pronto proporcionaron sistemas estandarizados para la construcción de las cuentas en que se registraran las transacciones habidas entre los diversos agentes con el fin de medir los resultados más relevantes de las actividades económicas. La gran cantidad de cifras homogéneas y contrastadas que suministraron estos documentos estadísticos, como también la posibilidad de realizar comparaciones internacionales, hizo progresar de forma extraordinaria el análisis de las economías nacionales. La disponibilidad de Cuentas Nacionales desde la década de 1941-1950 contrasta con el reducido número y el carácter ocasional de las estimaciones anteriores, generalmente de carácter privado. Las primeras evaluaciones de la renta nacional de España son de las décadas iniciales del siglo XX, pero la moderna Contabilidad Nacional arranca del año 1954.

De cualquier manera, las Cuentas Nacionales se han convertido en todas partes en la principal fuente de datos acerca de las economías nacionales y, asimismo, en el más potente instrumento para su análisis. Por este motivo, la demanda de estimaciones retrospectivas y de series cronológicas anteriores al comienzo de las cuentas oficiales, de modo que permitan el estudio de los procesos de creci-

miento a largo plazo, ha sido muy generalizada entre los investigadores. A dar respuesta a la necesidad de disponer de series históricas ha dedicado Leandro Prados de la Escosura una parte fundamental de su actividad investigadora. Su magna obra *El progreso económico de España (1850-2000)*, culmina esa tarea¹. Se trata nada menos que de la construcción de series de los agregados básicos del producto y del gasto nacional de España desde 1850 hasta 2000, en lo que viene a ser el resultado de sucesivas revisiones y reelaboraciones durante más de veinte años de trabajo.

El volumen está estructurado en tres partes. La primera se dedica a la exposición de todo lo relativo a la construcción de las series: los antecedentes de este tipo de ejercicios en España, de un lado, y las fuentes empleadas y los métodos utilizados por el autor, del otro. La segunda sección está reservada a la interpretación de los resultados, atendiendo a los principales períodos que pueden delimitarse dentro del proceso del crecimiento económico moderno. La tercera parte, mucho más extensa que las dos anteriores, contiene las nuevas cifras que resultan de sus estimaciones en forma de trece anexos. Esta última parte –también recogida en un CD– constituye un gran banco de datos del que ningún estudio histórico cuantitativo podrá prescindir en el futuro, ni que sea como elemento de referencia, tanto en el ámbito de la economía como en el de otras ciencias sociales. Vaya por delante, antes de describir y valorar el contenido del volumen, que la edición a cargo de la Fundación BBVA es muy esmerada: una lectura cuidadosa sólo me ha permitido encontrar un error (la ausencia de los datos de Consumo Privado del Cuadro A.6.1 correspondientes al año 1888, en la página 406).

Resultados

Parece preferible comenzar por la descripción de la última sección, integrada por casi quinientas páginas abarrotadas de cifras, porque constituye la gran aportación de la obra, mientras que las dos primeras explican los procedimientos de construcción de esas series retrospectivas y avanzan en su análisis e interpretación histórica, respectivamente. El aparato estadístico que integra esta parte final está dedicado a los resultados logrados en la construcción del Producto Interior Bruto al coste de los factores y a los precios de mercado, así como a esas mismas macromagnitudes en términos por habitante, para todo el período 1850-1958. Se ofrecen treinta y tres series anuales completas, relativas a los componentes de producto del PIB: tres para el sector agrario (agricultura; silvicultura; y pesca), trece para la industria (extractiva; agua, gas y electricidad; alimentos, bebidas y tabaco; textiles; vestido y calzado; madera, corcho y muebles; papel, edición e

1. Leandro Prados de la Escosura, *El progreso económico de España (1850-2000)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2003.

impresión; química; piedra, arcilla, vidrio y cemento; metalurgia básica; metalurgia de transformación; material de transporte; y otras industrias), cinco para el sector de la construcción (residencial y comercial; ferroviaria; carreteras; infraestructura hidráulica; y otras obras públicas) y doce para los servicios (transportes; comunicaciones; comercio al por mayor y al por menor; banca y seguros; viviendas en propiedad; administración pública; enseñanza; servicios sanitarios; otros servicios; hostelería; servicio doméstico; y profesiones liberales). Pocas observaciones cabe hacer a tan amplia descomposición del PIB, más allá de una sincera expresión de admiración. Personalmente, hubiera considerado preferible desagregar el VAB agrario, o alternativamente la Producción Final Agraria, en sus dos componentes principales: producción agrícola y producción ganadera.

Los componentes de producto del PIB son objeto de una presentación muy variada, puesto que se incluyen series en moneda corriente y en moneda constante, índices cuánticos y pesos porcentuales de cada componente sobre los respectivos agregados superiores. Prados estima nada menos que cuarenta deflatores del valor añadido para esas treinta y tres series de producto y para otras siete series obtenidas por agregación (agricultura, silvicultura y pesca; industria manufacturera; total industria; total construcción no residencial; total construcción y obras públicas; total servicios; y, en fin, PIB al coste de los factores). Las macromagnitudes más relevantes son estimadas, asimismo, a precios de 1913 (1850-1929), de 1929 (1913-1958) y de 1958 (1929-1958), tanto en moneda corriente como en moneda constante y en números índices. Para ello se han tenido que construir y emplear otros veintisiete deflatores.

Como complemento de esta enorme masa de información cuantitativa, el autor presenta la estimación del PIB a precios de mercado y de sus componentes desde el enfoque de demanda para el siglo largo que separa los años 1850 y 1958. En esta oportunidad, se trata de veinte series primarias completas: ocho para el consumo privado (alimentos, bebidas y tabaco; vestido y otros artículos personales; gastos corrientes de los hogares; bienes de consumo duradero; higiene y cuidado personal; transportes y comunicaciones; esparcimiento; y otros servicios), una del consumo público, cuatro para la inversión (viviendas; otras construcciones; material de transporte; maquinaria y equipo), una para las variaciones de existencias y seis para el sector exterior (exportaciones de bienes; exportaciones de servicios; importaciones de bienes; importaciones de servicios; saldo de la balanza comercial; saldo de la balanza de servicios). Las variables construidas por agregación desde la óptica del gasto son otras doce (consumo privado interior, consumo privado nacional, formación bruta de capital fijo, formación de capital, transporte y maquinaria, formación de capital no residencial, inversión privada, inversión pública, exportaciones de bienes y servicios, importaciones de bienes y servicios, exportaciones netas de bienes y servicios y, lógicamente, PIB a precios de mercado)

También en esta ocasión se ha optado por el camino de una auténtica exhausti-

vidad, puesto que los agregados relativos a los componentes de gasto del PIB son objeto de una presentación idéntica a la aplicada a los de producto. Se incluyen, por tanto, series en moneda corriente y en moneda constante –así como los deflatores correspondientes–, índices cuánticos y pesos porcentuales de cada componente sobre los respectivos agregados superiores, siempre que las variables consideradas consienten esos tratamientos. Las macromagnitudes más relevantes según el enfoque del gasto han sido estimadas, asimismo, a precios de 1913 (1850-1929), de 1929 (1913-1958) y de 1958 (1929-1958), tanto en moneda corriente como en moneda constante y en números índices. En este segundo apartado relativo al PIB a precios de mercado y a sus componentes de gasto, el autor estima veinticinco deflatores específicos para otras tantas series primarias y agregadas. A ello hay que añadir los veintiún deflatores que resultaron necesarios para calcular los datos principales a precios de 1913, 1929 y 1958. Por tanto, en el tratamiento total de los enfoques de producto y de gasto, con lo que viene a ser una primorosa obra de fina orfebrería, Prados ha estimado ciento trece deflatores específicos para todo el período 1850-1958; salvo error u omisión de este comentarista, que, ciertamente, no puede evitar alguna perplejidad en este punto.

Un último gran bloque temático dentro de la compilación de nuevas series estadísticas se refiere a los años 1958-2000 y consiste en la selección de los datos de la Contabilidad Nacional que convienen a la construcción de series enlazadas y homogéneas para todo el período 1850-2000. En esta oportunidad, el detalle en la composición sectorial del PIB queda reducido a las cuatro grandes ramas de actividad. Se añaden series de producto por ocupado y por trabajador, así como por habitante y por persona potencialmente activa –entre 15 y 64 años–, y los correspondientes deflatores (anexos 10 y 12). El resto del apéndice estadístico contiene la presentación de las series enlazadas 1850-2000 del PIB, así como del VAB y del empleo de los distintos sectores, con la productividad laboral relativa y los principales componentes de gasto, para 1958-2000 (anexos 11 y 13). En total, sólo la reproducción de las tablas de deflatores ocupa más de cien páginas.

Así pues, la obra incluye el cuadro macroeconómico anual relativo al PIB y sus componentes, tanto por el lado del producto como por el lado de la demanda, pero no desde el enfoque de la renta y su distribución entre los distintos agentes económicos. Tampoco incorpora, naturalmente, las cuentas específicas de los diversos sectores institucionales, para cuya estimación no se dispone de información suficiente. Más sorprendente es otra ausencia que Prados podría haber salvado sin problemas puesto que dispone de los datos primarios y los emplea en distintos cálculos, sin reproducirlos en ningún momento. Se trata de las series anuales de población total, población activa –potencial y real–, empleo total y empleo sectorial para las cuatro grandes ramas de la producción. Tan sólo se ha incluido un cuadro acerca de la composición porcentual del empleo (Cuadro A.11.4, pp. 586-590). Es de esperar que tan importante laguna pueda corregirse pronto. En esa misma línea, el usuario de este gran banco de datos hubiera agra-

decido la estimación, e inclusión, de la serie del consumo privado por habitante, el mejor indicador sintético de la evolución de los niveles de bienestar material de la población.

Fuentes y métodos

La calidad de las estimaciones retrospectivas o actuales de los agregados de la Contabilidad Nacional depende de la disponibilidad de estadísticas primarias y de su fiabilidad. En lo que se refiere a la existencia y calidad de estadísticas para el intervalo 1850-1954, el caso español podría clasificarse como intermedio, francamente por debajo de la mayoría de los países de la Europa occidental como, por ejemplo, Francia o Italia, pero mejor que los países en desarrollo. En particular, no se dispone de censos de producción o indagaciones generales ni de encuestas de registros relativos al consumo sino tan sólo de estadísticas parciales, bastante rudimentarias, y únicamente para determinados subsectores y para algunos períodos. No existe nada parecido a estadísticas de producción para la ganadería, la pesca, la industria agroalimentaria o manufacturera, la construcción o los servicios hasta la segunda mitad del siglo XX. Mucho menos, todavía, para cualquier componente del consumo privado o de la inversión. Por tal motivo, los historiadores no han realizado ninguna estimación directa de los niveles de la producción, sino sólo de sus variaciones a través de la construcción de aproximadores históricos muy rudimentarios de precios y de cantidades.

Sin embargo, tampoco se dispone de índices de precios de cobertura amplia y de consistencia contrastada para el período 1850-1913, sino sólo de algunas series de datos limitadas a precios agrarios y a unos pocos –muy pocos– bienes manufacturados de escaso relieve. Este punto, en mi opinión, crea mucha incertidumbre sobre todo el abanico de deflatores, construido a partir de una cantidad –y calidad– de informaciones sobre precios que cabe valorar, en el mejor de los casos, de francamente corta.

Partiendo de una modesta cantidad de fuentes estadísticas, de calidad relativamente reducida y de cobertura limitada, Prados de la Escosura ha emprendido una ambiciosa tarea de construcción de series cronológicas de producto, que se apoya, siempre que resulta posible, sobre las evaluaciones estadísticas sectoriales precedentes, en particular las del Grupo de Estudios de Historia Rural y Simpson para la agricultura y Carreras para la industria. Todas ellas han sido sometidas a una cuidadosa labor de revisión, corrección y adaptación al nuevo uso a que el autor las destina. Todavía, ha debido efectuar estimaciones nuevas y, desde luego originales, para la agricultura antes de 1891, y para la ganadería, la construcción y los servicios por todo el período, amén de los principales componentes de gasto del PIB.

En la creación de las series nuevas y en la modificación de las existentes para

la producción agrícola e industrial se concentra la principal aportación de la investigación. Para ello, el autor se vale de conjeturas, hipótesis y supuestos simplificadores que son necesariamente arbitrarios y “a veces heroicos” (*sic*). Sin embargo, esas decisiones son la mayor parte de las veces razonables y, además, normalmente bastante explícitas. De todos modos, resulta imposible, en muchos casos, recomponer los cálculos que se han efectuado porque se carece de una información detallada que, con seguridad, no cabía materialmente en la obra, pese a la muy notable envergadura de ésta.

No es posible debatir en pocas páginas la oportunidad y la corrección de cada una de esas múltiples soluciones metodológicas. Pero sí es necesario señalar que el autor ejecuta ajustes arbitrarios y cambios en los datos, y descarta otras manipulaciones de la misma naturaleza, de un modo imaginativo pero discutible, con una incidencia importante en los resultados finales. Deseo mencionar un par de esas intervenciones, por las consecuencias sobre el agregado relativo al producto industrial, que considero el más sólido de todos. Una de ellas, en sentido activo, ha consistido en rectificar al alza la producción industrial, en alguna de sus ramas, con el fin de captar las ganancias en la eficiencia productiva derivadas de los cambios tecnológicos, lo que resulta básicamente razonable. Pero la ubicación sectorial y temporal, y el tamaño de tales presuntas ganancias de productividad proceden, exclusivamente, del buen criterio y de la intuición del autor. La otra intervención, de carácter pasivo, ha comportado la renuncia a mejorar las variaciones anuales de sus series de producto final mediante las pertinentes operaciones de alisado de los datos de consumos primarios que emplea como indicador. Ambas decisiones son razonables, pero también objetables, y afectan tanto la pendiente como las variaciones interanuales del nuevo índice de la producción industrial que Prados deriva del ensayo anterior de Carreras.

Además de la estimación general desde el enfoque de producto, Prados procede a una segunda medición del PIB y de sus componentes por el lado del gasto. Este nuevo conjunto de cálculos descansa fundamentalmente en las mismas cifras de producción, con el añadido de las exportaciones netas. Se ha debido recurrir a hipótesis adicionales, que suponen asumir nuevos riesgos. Valga como ejemplo el caso del gasto de consumo de los bienes duraderos, para cuya estimación se ha procedido como si, durante más de cien años, las familias dedicaran a la adquisición de este tipo de mercancías una proporción constante del gasto de consumo. Este supuesto es contrario a la evidencia aportada por Chenery y Syrquin para una muy amplia muestra de países, que comprueban considerables incrementos de las proporciones del consumo no alimenticio en el consumo privado y en la demanda final como consecuencia del aumento de la renta por habitante.

Por otra parte, el consumo de bienes duraderos se ha estimado a partir de un indicador de producto de la industria del mueble —de la que tampoco se poseen datos directos—, pese a que se trata de un tipo de bienes de carácter tradicional, presumiblemente nada dinámico en su evolución, frente a la gran cantidad de

nuevos productos que se introdujeron, de un modo muy general en algunos casos, en las pautas de consumo de los hogares (máquinas de coser o de fotografiar, gramolas, bicicletas, motocicletas, automóviles de turismo, máquinas de escribir, aparatos de radio, frigoríficos, calentadores, ventiladores o una amplia gama de electrodomésticos, etc.). En esta oportunidad, la elección puede no haber sido muy feliz.

Conviene añadir, en fin, que los cambios en la cantidad y en la calidad del aparato estadístico oficial fueron importantes en el período que se analiza. En particular, los subperíodos 1850-1890 y 1940-1954 son muy problemáticos por la ausencia de datos primarios, en el primer caso, y por su más que probable defectividad –a causa de la magnitud de la defraudación tributaria y del comercio ilegal del estraperlo, el mercado negro y el contrabando durante el período álgido de la autarquía del régimen franquista, en el segundo–. Los años 1936-1939, en plena Guerra Civil, sólo pueden cubrirse con puro voluntarismo.

El autor todavía se aventura a reconstruir los datos anuales de la Contabilidad Nacional para el período 1954-2000 y a proponer una nueva serie enlazada que modifica de un modo significativo las cifras básicas de la evolución de la economía española en los años 1954-1980 y que, de aceptarse, obligaría a revisar toda la literatura económica publicada hasta la actualidad sobre el tema. Una consecuencia adicional de este modo de proceder consiste en eliminar las correcciones al alza que habían sido introducidas en sucesivas revisiones en la convicción, muy generalizada entre los economistas coetáneos y actuales, de que las informaciones estadísticas españolas de base eran manifiestamente defectivas. Las diferencias entre la nueva serie enlazada que propone Prados y las anteriores que fueron elaboradas y revisadas en su día por el INE, o por diversos especialistas, son importantes y de signo semejante en todos los casos. Las cifras de Prados están rebajadas –a veces, fuertemente– respecto de las del Instituto de Estudios Fiscales, el INE, Alcaide, Uriel, Corrales y Taguas, la Fundación BBVA o Uriel, Moltó y Cucarella. Los destinatarios del desafío intelectual de Prados en este punto ya no son sólo los historiadores económicos sino también econométricos, estadísticos, contables nacionales y el propio INE.

Las nuevas series vendrían a elevar las tasas de crecimiento de la economía española entre 1954 y 2000 de un modo notable, lo que supone rebajar de forma creciente los niveles conseguidos en el pasado. En las cifras de Prados, la indudable gran expansión de los dorados años sesenta todavía se acrecienta, puesto que la tasa anual de crecimiento del PIB entre 1960 y 1974 asciende del 7 % acumulativo anual, que registran todas las estimaciones conocidas hasta ahora, a un extraordinario 8 %, que situaría el “milagro español” de la última etapa del franquismo en el liderazgo del crecimiento de la economía mundial de la época. El PIB se habría multiplicado por tres en sólo catorce años. Con todo el respeto intelectual que merece una obra de esta magnitud, no puedo menos de expresar mi escepticismo al respecto. Llegados a este punto, más que revisar los procedi-

mientos aplicados, tarea imposible en el marco de una nota bibliográfica, parece oportuno considerar, como se intenta en la sección siguiente, las propuestas del autor y la verosimilitud de sus conclusiones mayores.

Interpretación

La línea interpretativa básica del ensayo de Prados es de carácter moderadamente optimista. España habría iniciado su modernización económica de forma ya irreversible hacia 1850 y habría conseguido una progresión gradual, aunque lenta, durante más de cien años, lo que da título al volumen. El impacto de la Guerra Civil de 1936-1939 y de una larga y desdichada postguerra no habría modificado esta dinámica y las fuerzas de impulso correspondientes, salvo en una grave caída de nivel. Por el contrario, a partir de 1950 sí se habría producido una importante corrección de la trayectoria al alza: sobre todo en los años 1950-1974, pero también en la etapa de crisis de 1975-1985 y en los quince últimos años del siglo XX.

La lectura que propone el autor, de progreso económico sostenido con una aceleración final a partir de 1960 en tres subperíodos distintos, no parece consistente con sus propios datos. En efecto, los niveles relativos del PIB por habitante de España descienden de forma continua e inexorable desde 1850 en relación con el conjunto de la Europa Occidental, con la única excepción de un breve paréntesis de convergencia provocado por la Primera Guerra Mundial (Cuadro 5.9, p. 177). La evolución de una economía que se retrasa de forma grave respecto de los países avanzados del mundo y, sobre todo, respecto de su propio entorno geográfico no puede definirse sino como de un fracaso sin paliativos: en 1960, el producto por habitante relativo de España se encontraba en un mínimo histórico, casi a la mitad que cien años antes, apenas por encima del 50 % del conjunto de la Europa occidental y dos tercios por debajo del PIB per cápita norteamericano. Sólo entonces, a partir de 1961, comienza el auténtico “progreso económico” de España. En 1999, sin embargo, todavía se hallaría muy lejos de los niveles relativos alcanzados en 1850-1890, siempre según los datos de Prados.

La comparación de las cifras españolas con las correspondientes a los veintinueve países de la Europa Occidental y con las del mundo entero proporciona nueva evidencia muy contundente en la misma dirección. A partir de la elaboración de las cifras publicadas por Maddison, la tabla adjunta muestra la participación de la economía española en el PIB de Europa Occidental y del Mundo para algunas fechas seleccionadas. En ambos casos, el mínimo histórico se sitúa en 1960 tras un descenso continuo de siglo y medio que sólo se quiebra muy ligeramente en 1870 –año en que España se hallaba afectada por una guerra civil y por una guerra colonial: la tercera Guerra Carlista y la primera Guerra de la

Independencia de Cuba– y de un modo mucho más claro en 1929 –tras la gran destrucción que supuso la Primera Guerra Mundial en muchos de los restantes países de la Europa Occidental. Por el contrario, la etapa 1960-2001 fue de crecimiento importante si bien el subperíodo 1975-1985, en que coincidieron la crisis del petróleo y la Transición política a la democracia, aparece con muy escaso dinamismo.

PROPORCIÓN DEL PIB ESPAÑOL SOBRE EL PIB DE EUROPA OCCIDENTAL
Y DEL MUNDO

	Porcentaje de España en el PIB de Europa Occidental	Porcentaje de España en el PIB del Mundo
1820	7,68	1,77
1850	6,14	
1870	5,32	1,76
1890	5,37	
1900	4,91	1,69
1913	4,62	1,52
1929	5,62	
1950	4,40	1,15
1960	4,18	1,12
1975	7,12	1,75
1986	7,19	1,62
2001	8,31	1,69

Fuente: Angus Maddison: *The World Economy. Historical Statistics*, París, OCDE, 2003.

Habida cuenta de las diferencias en los ritmos de evolución de la población, conviene referir la producción total de bienes y servicios en relación con el número de habitantes de España con aquellos dos mismos universos de referencia, como se realiza en la siguiente tabla. Pese a algunas diferencias, que no es el lugar de analizar, las tendencias básicas de la evolución del PIB por habitante son esencialmente las mismas: retroceso continuo en relación con Europa occidental hasta 1960, con las mismas dos excepciones en 1870 y en 1929, y en relación con el Mundo hasta 1950. A partir de entonces se registra un muy rápido crecimiento relativo, igualmente interrumpido por la doble crisis de 1975-1985.

A la vista de todos estos datos, parece claro que el verdadero progreso económico de España se ha producido exclusivamente en dos cortos períodos dentro de la era contemporánea. El primero, que justifica plenamente su caracterización como la época del “milagro español”, corresponde a los años 1960-1975 y se relaciona con el gran viraje realizado tras la estabilización de 1959-1960 desde el modelo autárquico hacia una creciente liberalización del mercado interior y una apertura exterior controlada. El segundo, definido por un cambio bastante menos acelerado, encaja perfectamente en la fase de integración en la Unión Europea a partir del 1 de enero de 1986.

NIVELES RELATIVOS DEL PIB POR HABITANTE DE ESPAÑA

	Índices del PIB por habitante de España (Europa Occidental = 100)	Índices del PIB por habitante de España (Mundo = 100)
1820	83,7	147,1
1850	68,6	
1870	61,6	138,0
1890	65,2	
1900	61,7	141,5
1913	59,5	134,8
1929	66,6	
1950	47,8	103,7
1960	44,6	110,6
1975	72,4	203,9
1986	69,1	206,2
2001	81,3	328,3

Fuente: Angus Maddison: *The World Economy. Historical Statistics*, París, OCDE, 2003.

Atendiendo a la composición sectorial del PIB en la construcción del autor, la estructura de la economía española se caracteriza históricamente por el predominio del sector primario hasta 1888 para pasar desde entonces, sin una sola interrupción, a una participación mayoritaria del terciario. En cambio, el sector industrial no alcanza nunca una posición preeminente, de lo que se deduce la inexistencia de una etapa de industrialización propiamente dicha. Tan raquítico aparece el tamaño del secundario –incluidas las industrias agroalimentarias, energéticas y manufactureras y las artesanías tradicionales– que sólo a partir de 1952 logró sobrepasar la aportación al PIB de un sector primario que nadie duda en calificar de atrasado, ineficiente y pobre. Justamente por el muy bajo nivel de la productividad del sector agrario y la pequeñez del secundario –a pesar de haber sido España una gran potencia minera mundial entre 1868 y 1913–, no se entiende muy bien en qué se apoyaba un sector terciario presuntamente elefantiásico. En lo que atañe al empleo, el balance es aún más descorazonador: el empleo agrario, según los datos del autor, fue mayoritario nada menos que hasta 1963 para ceder la preeminencia inmediatamente después a los servicios. En otras palabras, España habría experimentado la terciarización de la producción de bienes y servicios desde el año 1889 en adelante y la de la ocupación a partir de 1964, en ambos casos sin pasar por una etapa intermedia de industrialización.

La revisión de las series de Prados depara constataciones polémicas. La mayor sorpresa es, lógicamente, el muy elevado tamaño relativo del sector terciario desde el comienzo del período. Las informaciones disponibles de carácter descriptivo, y los datos más específicos a nivel microeconómico, apuntan para España, más bien, a unos servicios privados subdesarrollados (servicio doméstico, pequeño comercio local, serenos, cocheros, mozos, carreteros, aguadores, arrieros, buhoneros...) y a unos servicios públicos extremadamente endeblés, como se pone de manifiesto en

el reducido gasto de las Administraciones Públicas en la provisión de bienes y servicios a los ciudadanos como proporción del gasto público hasta la década de 1951-1960. Salvo en algunas ramas del transporte, y aún con muchas limitaciones, las actividades de servicios se retrasaron claramente –en términos internacionales– en la incorporación del progreso tecnológico propio de la modernización económica y/o mantuvieron dimensiones relativas muy cortas. En esas condiciones, resulta francamente inverosímil, en mi opinión, el mantenimiento de grados de eficiencia productiva muy superiores a los de la industria ya desde el año 1850 como se desprendería de las nuevas estimaciones.

Los resultados de Prados en esta cuestión fundamental son muy distintos a las conclusiones de los especialistas, como Cuadrado Roura o Martínez Serrano, para quienes los servicios han alcanzado históricamente una presencia relativa más baja en la economía española que en la europea. Los análisis específicos dedicados al sector muestran una secular especialización española en actividades definidas por una baja intensidad en capital físico y en capital humano y una elevada intensidad en mano de obra no cualificada. Ésta no es una fórmula muy adecuada para alcanzar altos grados de eficiencia productiva. Sin embargo, contra lo que sería de esperar, los niveles de la productividad aparente del trabajo en el sector servicios, según las cifras de Prados, habrían superado ampliamente, llegando a duplicar en ocasiones, a los de la industria y habrían triplicado o cuadruplicado a los de la construcción hasta 1952. Son resultados que aparecen, asimismo, como contrarios, a lo que ya Colin Clark comprobó sobre un elevado número de países, en el sentido de una productividad de los servicios decididamente inferior a la de la industria –si bien su definición de ambos sectores difiere de las que ha adoptado la Contabilidad Nacional moderna–. Las cifras de Prados suscitan, obligadamente, una nueva pregunta: ¿fue España una sociedad post-industrial, en el sentido de Daniel Bell, antes que los Estados Unidos de América y que cualquier otra sociedad avanzada?

Una nueva sorpresa se refiere al sector exterior, puesto que, en los datos de Prados, desaparece, salvo en 1850-1866 y a partir de 1920, el déficit crónico de la balanza comercial que se acostumbra a considerar como una de las tendencias de fondo de la economía española. Cabe recordar que se trata de cifras de Contabilidad Nacional y no de aduanas, por lo que tanto las exportaciones como también las importaciones han sido evaluadas en términos FOB (*free on board*) y no CIF (*cost, insurance and freight*). En la estimación del factor flete para transformar los valores CIF de las mercancías importadas, como se registran en las estadísticas del comercio exterior, en valores FOB podría estar una de las explicaciones. Las operaciones que han debido realizarse para compensar los diversos sesgos contenidos en las cifras de la estadística oficial pueden contener otra parte de la explicación. Cabría añadir que, quizá, no se hayan corregido aún suficientemente las importaciones efectuadas mediante el tráfico de contrabando, particularmente en el que procedía de Francia.

Las conclusiones de un estudio de esta naturaleza, en fin, se hallan inevitablemente condicionadas por el punto de vista del autor al ejecutar una serie de aventuradas y complejas elaboraciones sobre una base estadística precaria, a causa de la escasez y baja calidad de los datos primarios. En cierto modo, las cifras responden a la interpretación del autor, y no a la inversa. Como había señalado el propio Kuznets, los ejercicios de Contabilidad Nacional no pueden sustraerse a la teoría económica, y a la “más amplia filosofía social de que está imbuida”, que se encuentran incorporadas en las previas convicciones de sus autores. Mucho menos todavía, se podría añadir, en el caso de las construcciones retrospectivas de apoyatura estadística bastante precaria.

Las objeciones que aquí se presentan, y las que se puedan añadir por los futuros lectores/usuarios, no disminuyen sino que acrecientan el inmenso valor de este libro de Prados, en el sentido de que ofrece muchos flancos y muchos temas para la revisión y para el debate. No cabe duda de que estamos ante un auténtico hito en la historiografía económica española y un punto de referencia obligado para la investigación posterior. Como afirma Maddison en el prólogo, se trata de un trabajo que ha exigido grandes dosis de energía, inteligencia e imaginación, a lo que todavía debe añadirse, sin duda, minuciosidad, audacia y espíritu polémico a raudales. La longitud de este comentario, y las variadas anotaciones de lectura que contiene, no inciden más que sobre una pequeña parte de las muchas caras de esta innovadora y poliédrica construcción. Disponer de estimaciones de los agregados fundamentales de las cuentas nacionales para cien años más (1850-1953), aunque se susciten dudas y discrepancias, es un auténtico lujo para la historiografía española.